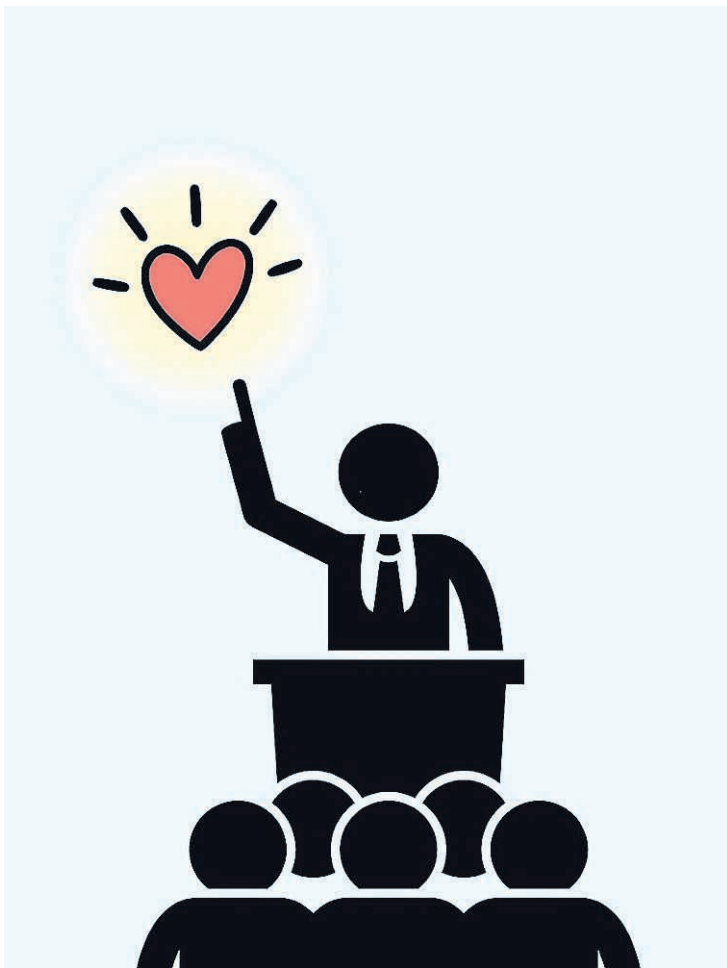




P. PALMER

LA FIRMA

| Pilar de la Vega

Liderazgo ético

El liderazgo político se enfrenta a una crisis de confianza, marcada por una sociedad cansada, desconfiada y emocionalmente crispada. En este contexto, la confianza ha dejado de ser un atributo deseable para convertirse en el eje de cualquier proyecto de poder

En la política contemporánea de 2026, la emoción ha dejado de ser un efecto secundario para convertirse en el motor principal de la toma de decisiones y la movilización social. Superando la visión ilustrada del voto racional, hoy entendemos que los ciudadanos también eligen a sus líderes basándose en sentimientos y pertenencia identitaria. Al gestionar la angustia, la rabia o la esperanza, las emociones actúan como motor de la acción colectiva y la identidad política.

Es muy ilustrativo comprobar cómo el presidente de la Junta de Andalucía, durante el acto institucional del Día de Andalucía (28-F) en 2026, se emocionó hasta las lágrimas al recordar a las víctimas del accidente ferroviario de Adamuz. Tuvo que pausar su discurso, pidiendo disculpas por la emoción y pidió que no se

utilizase el dolor para dividir. Su emotividad marcó el tono y el desarrollo del acto institucional del 28-F.

En política, se suele diferenciar, para analizar y percibir el liderazgo político, la importancia de la razón frente a la emoción, la esfera pública frente a la esfera privada, y también lo masculino contrapuesto a lo femenino. La

«Si todos asumimos nuestra participación en construir la polis, todo lo que hacemos es política, desde cómo realizo mi actividad profesional, cómo gestiono mi economía, a cómo actúo en mi familia»

retórica de lo objetivo, lo racional, lo neutral, ha sido tradicionalmente el marco dominante de la legitimidad discursiva. Ahora bien, considero que es necesario, hoy más que nunca, que construyamos la sociedad desde el compromiso personal, no sólo desde las estructuras políticas. Dado que la política no es únicamente responsabilidad de unos pocos, lo es de todos y en todos los ámbitos. Pues todo lo personal es político. Si todos asumimos nuestra participación en construir la polis, todo lo que hacemos es política, desde cómo realizo mi actividad profesional, cómo gestiono mi economía, a cómo actúo en mi familia. Y ahora que tanto interactuamos en las redes sociales, los lazos que establecemos también lo son.

No podemos olvidar que la dimensión ética de la emoción también tiene su reverso: el riesgo de su manipulación estratégica. En contextos de intoxicación informativa, polarización digital y regresión democrática, el uso instrumental de los afectos puede desviar la atención, activar prejuicios o generar adhesiones ciegas. Desde esta perspectiva, el problema no es la presencia de emociones en la política, sino la jerarquía que establece qué emociones son legítimas y cuáles no. La emoción, como cualquier lenguaje político, puede movilizar el cuidado o el odio; puede construir comunidad o fracturarla. De ahí la importancia de lidiar el sentido político de la emoción, y no abandonarlo a la lógica del espectáculo o la posverdad. Es decir, los electores podemos ver lo íntimo como garantía de coherencia de lo público. De tal manera que lo privado se convierte en un compromiso de credibilidad y confianza de la propuesta al servicio del interés general. Cada vez más se considera que el éxito de un líder actual depende en un 90 % de su inteligencia emocional. Se exige un 'líder ético' que no solo consiga resultados técnicos, sino que lo haga respetando las reglas y promoviendo valores sociales. El liderazgo político se enfrenta a una crisis global de confianza, marcada por una sociedad cansada, desconfiada y emocionalmente crispada. En este contexto, la confianza ha dejado de ser un atributo deseable para convertirse en el eje que sostiene cualquier proyecto de poder.

Yo pienso que lo personal es político, porque no se puede aislar la política, el poder de organizar y decidir el destino de una sociedad, de las circunstancias, problemas y conflictos de los individuos que conviven en ella. Precisamente, esos conflictos, esos problemas, esas circunstancias vitales deben ser el objeto de la política dirigida por los valores democráticos de la igualdad, la libertad, la solidaridad, la justicia...